

UN DÍA EN LA (NO) VIDA DE BERNARDO SOARES

*Antología de fragmentos del Libro del desasosiego,
organizada y traducida por Luis Morales*

Pienso a veces, con triste deleite, que si un día, en un futuro al que yo ya no pertenezca, estas frases que escribo perduran como cosa de mérito, tendré por fin quienes me «comprendan», los míos, mi verdadera familia, para en ella nacer y ser amado. Pero lejos de ir yo a nacer en ella, habré muerto mucho tiempo antes. Seré comprendido solo en efigie, cuando el afecto ya no compense al muerto de la falta de afecto que sufrió en vida.

Tal vez un día comprendan que cumplí, como nadie, mi deber de intérprete de una parte de nuestro siglo; y, cuando lo comprendan, escribirán que en mi época fui un incomprendido, que viví desdichado entre desafecciones y frialdades, y que es una pena que semejante cosa haya acontecido. Y quien esto escriba será, en la época en que lo escriba, un incomprendedor, como los que hoy me rodean, de mi ser análogo de ese tiempo futuro. Pues los hombres solo aprenden para beneficio de sus bisabuelos, que ya murieron. Solo a los muertos sabemos enseñar las verdaderas reglas del vivir.

30 de noviembre

*1. Cada día es el día que es,
y nunca hubo otro igual en el mundo*

07:00 h

Sé que he despertado y que todavía duermo. Mi cuerpo antiguo, molido de vivir, me dice que es muy temprano todavía... Me siento febril en la lejanía... Siento mi pesar, no sé por qué...

Es un torpor lúcido, pesadamente incorpóreo, que me estanca, entre el sueño y la vigilia, en un sueño que es una sombra del soñar. Mi atención flota entre dos mundos y ve ciegamente la profundidad de un mar y la profundidad de un cielo; y estas profundidades se interpenetran, se mezclan, y ya no sé dónde estoy ni lo que sueño.

Un viento de sombras sopla cenizas de designios muertos sobre lo que, despierto, soy. Cae de un firmamento

desconocido un insípido rocío de tedio. Una gran angustia inerte me manosea el alma por dentro e, incierta, me agita como la brisa los contornos de las copas de los árboles.

En la alcoba mórbida y tibia, la inminencia de la mañana allá fuera es solo un hálito de penumbra. Soy por entero confusión tranquila... ¿Para qué tiene que despuntar el día?... Me cuesta saber que lo hará, como si un esfuerzo mío tuviese que hacerlo aparecer.

Con una lentitud confusa me calmo. Me entorpezo. Floto en el aire, entre vigilia y sueño, y otra especie de realidad surge, y yo en medio de ella, no sé desde qué dónde que no es este...

Surge, pero no apaga esta realidad, la de mi alcoba tibia, la de un extraño bosque. Coexisten en mi atención cautiva ambas realidades, cual dos humos que se mezclan.

¡Qué nítido en otro y en él mismo este trémulo paisaje transparente!...

Vivir es ser otro. Y sentir no es posible si se siente hoy como ayer se sintió: sentir hoy lo mismo que ayer no es sentir: es recordar hoy lo que ayer se sintió, es ser hoy el cadáver vivo de lo que ayer fue la vida perdida.

Borrar la pizarra entera de un día para otro, ser nuevo con cada nueva madrugada, en una revirginidad perpetua de la emoción: esto, y solo esto, vale la pena ser o tener, para ser o tener lo que imperfectamente somos.

Esta es la primera madrugada del mundo. Nunca este color rosa que amarillea hacia el blanco cálido se posó así sobre el rostro con el que las casas del Oeste encaran, llenas de ojos vidriosos, el silencio que viene en la luz creciente. Nunca hubo esta hora, ni esta luz, ni este ser mío. Mañana, lo que sea será otra cosa, y lo que yo vea será visto por ojos recompuestos, llenos de una nueva visión.

¡Altos montes de la ciudad! Grandes arquitecturas que las cuestas empinadas amplifican y sostienen, despeñamientos de edificios diversamente amontonados, que la luz teje de sombras y quemazones: sois hoy, sois yo, porque os veo; sois lo que mañana seré, y os amo desde la amurada, como un navío que pasa junto a otro navío, y siente añoranzas desconocidas al pasar.

Considerar todas las cosas que nos suceden como accidentes o episodios de una novela a la que asistimos, no con la atención sino con la vida. Solo con tal actitud podremos vencer la malicia de los días y los caprichos de los acontecimientos.

La mayoría de los hombres, por no decir la totalidad, vive una vida despreciable, despreciable en todas sus alegrías y despreciable en casi todos sus dolores, salvo en aquellos que se fundamentan en la muerte, porque en estos colabora el Misterio.

Oigo, filtrados por mi desatención, los ruidos que suben, fluidos y dispersos, como ondas que fluyen interpuestas al azar y desde lejos, como si me llegaran de otro mundo: gritos de vendedores, que venden naturaleza, como las hortalizas; o lo social, como unos billetes de lotería. Chirrido circular de ruedas —carros y coches rápidos al trote—, automóviles, oídos más en su movimiento que en su girar; un sacudir de trapos o algo así desde cualquier ventana; el silbido del adolescente; la carcajada del piso de arriba; el gemido metálico del tranvía en la calle de al lado; lo que emerge mezclado desde lo transversal; subidas, bajadas, silencios de todo tipo; bruscos frenazos del transporte; algunos pasos; principios, intermedios y finales de voces. Y todo esto existe para mí, que duermo, pensándolo, cual una piedra entre la hierba, y en cierta forma espíándolo desde mi desubicación.

Después, y justo al lado, desde dentro de la casa, los nuevos ruidos confluyen con los otros: los pasos, los platos,

la escoba, la canción interrumpida (una especie de fado); la cita de la víspera en el balcón; la irritación por lo que falta en la mesa; los cigarrillos encargados que quedaron encima de la cómoda... todo eso es la realidad, la realidad anafrodisíaca que no cabe en mi imaginación.

Leves son los pasos de la asistenta, las chinelas que vuelvo a ver, con su trenzado rojo y negro, y, al volverlas a ver así, el ruido adquiere algo del trenzado rojinegro; seguros y firmes, los pasos de los tacones de las botas del hijo de la casa que sale y se despide en voz alta, con el batir de la puerta que trunca el eco del *luego* que viene después del *hasta*; un sosiego, como si el mundo acabara en este cuarto piso; ruido de loza que se va a lavar; el correr del agua; «pero es que ya te dije que»... y el silencio que silba desde el río.

Pero yo, amodorrado, digestivo e imaginador. Me sobra el tiempo, entre sinestesias. Y es prodigioso pensar que no querría —si ahora preguntasen y yo respondiese— una breve vida mejor que estos lentos minutos, esta anulación del pensamiento, de la emoción, de la acción, casi de la misma sensación, el ocaso-nato de la voluntad dispersa. Y entonces reflexiono, casi sin pensamiento, que la mayoría —por no decir la totalidad de los hombres— vive así, más arriba o más abajo, inmóviles o en movimiento, pero con el mismo amodorramiento en relación con los fines últimos, con el mismo abandono de los propósitos formulados, con la misma

sensación de vida. Siempre que veo un gato al sol, me recuerda la humanidad. Siempre que veo dormir, me acuerdo de que todo es sueño. Siempre que alguien me dice que ha soñado, pienso si piensa que nunca hizo otra cosa sino soñar. El ruido de la calle aumenta, como si se hubiera abierto una puerta, y tocan el timbre.

No debía de ser nada, porque la puerta se cerró enseguida. Los pasos se detienen al final del pasillo. Los platos lavados alzan su voz de agua y loza.

Me gustaría estar en el campo para que me pudiera gustar estar en la ciudad. Pero me gusta, aun y así, estar en la ciudad, con lo cual mi gusto resultaría doble.

Reconozco, no sé si con tristeza, la sequedad humana de mi corazón. Vale más para mí un adjetivo que un lamento real del alma.

Pero a veces soy diferente, y lloro lágrimas, lágrimas calientes, las de quienes no tienen ni tuvieron madre; y mis ojos, que arden con esas lágrimas muertas, arden dentro de mi corazón.

No recuerdo a mi madre. Murió cuando yo tenía un año. Todo lo que hay de disperso y duro en mi sensibilidad nace de la ausencia de ese calor y de la añoranza inútil de los besos de los que no me acuerdo. Soy postizo. Me desperté siempre contra pechos ajenos, acunado por persona interpuesta.

¡Ah, es la añoranza del que yo podría haber sido lo que me dispersa y sobresalta! ¿Qué otro sería yo si me hubiesen dado el cariño que, viniendo del vientre, sube hasta los besos en la carita?

Tal vez la añoranza de no ser hijo tenga gran parte de la culpa de mi indiferencia sentimental.

Soy todas estas cosas, aunque no lo quiera, en el fondo confuso de mi sensibilidad fatal.

Vivir una vida desapasionada y culta, al socaire de las ideas, leyendo, soñando, y pensando en escribir, una vida suficientemente lenta como para estar siempre al borde del tedio, lo bastante meditada como para no caer nunca en él. Vivir esa vida alejado de las emociones y de los pensamientos, apenas en el pensamiento de las emociones y en la emoción de los pensamientos. Quedarse plantado al sol, dorándose, como un oscuro lago rodeado de flores. Tener, en la sombra, aquella nobleza de la individualidad que consiste en no exigirle

nada a la vida. Ser, en el agitarse de los mundos, como una polvareda de flores a la que un viento desconocido eleva en el aire de la tarde y que el torpor del anochecer deposita al azar en cualquier sitio, indistinto en medio de formas más amplias. Ser esto con un conocimiento seguro, sin alegría ni tristeza, agradeciendo al sol su fulgor y a las estrellas su lejanía. No ser más, no tener más, no querer más... La música del hambriento, la canción del ciego, la reliquia del transeúnte desconocido, las idas y venidas en el desierto del camello sin carga ni destino...

Envidia —pero no sé si envidia— a aquellos de quienes puede escribirse una biografía, o que pueden escribir la suya propia. En estas impresiones sin nexos, ni deseo de nexos, narro indiferentemente mi autobiografía sin acontecimientos, mi historia sin vida. Son mis Confesiones, y, si nada digo en ellas, es porque no tengo nada que decir.

¿Qué puede tener (alguien) que confesar que valga o sirva? Lo que nos sucedió, o le sucedió a todo el mundo o solo a nosotros, en un caso no es novedad, y en el otro no se comprende. Si escribo lo que siento es porque así disminuyo la fiebre de sentir. Lo que confieso no tiene importancia, pues nada tiene importancia. Hago paisajes con lo que sien-

to. Hago vacaciones con las sensaciones. Entiendo bien a las bordadoras que lo son por dolor, o a las que hacen punto de media, porque hay vida. Mi vieja tía hacía solitarios durante el infinito de la velada. Estas confesiones del sentir son mis solitarios. No los interpreto, como quien se sirviese de cartas para conocer el destino. No los ausculto, porque en los solitarios las cartas no tienen propiamente valor. Me deshago como un amasijo de hilos multicolores, o hago conmigo figuras de cordel, como las que se tejen en las manos extendidas y se pasan de un niño a otro. Me preocupo solo de que el pulgar no estropee el nudo que le corresponde. Después volteo la mano y la imagen queda diferente. Y vuelvo a empezar.

Vivir es hacer punto de media con una intención de los demás.

Aparte de los sueños vulgares que constituyen las vergüenzas corrientes de los estercoleros del alma, que nadie se atreverá a confesar y que oprimen nuestras vigiliass cual desastrados fantasmas, viscosidades y granos purulentos de la sensibilidad reprimida, ¡cuánta cosa ridícula, terrorífica e inefable puede el alma —aunque con esfuerzo— reconocer en sus esquinas!

El alma humana es un manicomio de caricaturas. Si un alma pudiera revelarse en toda su verdad, y si no existiese

un pudor más profundo que todas las vergüenzas conocidas y definidas, sería, como se dice de la verdad, un pozo, un pozo siniestro habitado por vagos ecos, poblado por vidas innobles, viscosidades sin vida, larvas desprovistas de existencia, mucosidad de nuestra subjetividad.

Así como, lo sepamos o no, todos tenemos una metafísica, así, lo queramos o no, todos tenemos también una moral. Yo tengo una moral muy simple: no hacer a nadie ni el mal ni el bien. No hacerle mal a nadie, porque no solo reconozco en los otros el mismo derecho, que considero que me corresponde, de que no me molesten, sino porque me parece suficiente con los males naturales para colmar el mal que haya de existir en el mundo. Vivimos todos, en este mundo, a bordo de un barco que zarpa de un puerto que desconocemos que se dirige hacia un puerto que ignoramos; hemos de tener, los unos con los otros, una amabilidad propia de compañeros de viaje. No hacer el bien, porque no sé en qué consiste el bien, ni si lo hago cuando creo que lo estoy haciendo. ¿Sé yo los males que provoco si doy una limosna? ¿Sé yo los males que provoco si educo o instruyo? Ante la duda, me abstengo. Y hasta me parece que auxiliar o aconsejar es, en cierto modo, hacer el mal de intervenir en las vidas ajenas.

La bondad es un capricho temperamental: no tenemos el derecho de hacer a los demás víctimas de nuestros caprichos, aunque sean de humanidad o de ternura. Los beneficios son cosas que se infligen; por eso abomino de ellos con frialdad.

Si no hago el bien, por moral, tampoco exijo que me lo hagan. Si caigo enfermo, lo que más me fastidia es obligar a alguien a cuidarme, cosa que a mí me repugnaría hacerle a otro. Nunca he visitado a un amigo enfermo. Siempre que, estando yo enfermo, me han visitado, he sufrido cada visita como una molestia, un insulto, una violación injustificable de mi profunda intimidad. No me gusta que me regalen cosas; parece que con eso quisieran obligarme a que yo las regale también, a los mismos o a otros, sean quienes sean.

Soy sociable de una manera altamente negativa. Soy la inofensividad encarnada. Pero no soy más que eso, no quiero ser más que eso, no puedo ser sino eso. Tengo hacia todo lo que existe una ternura visual, un cariño de la inteligencia pero nada en el corazón. No tengo fe en nada, esperanza en nada, caridad para nada. Abomino con náusea y con asombro de los sinceros de todas las sinceridades y de los místicos de todos los misticismos o, más bien y para decirlo mejor, de las sinceridades de todos los sinceros y de los misticismos de todos los místicos. Esa náusea llega a lo físico cuando esos misticismos son activos, cuando pretenden convencer la inteligencia ajena, o mover la voluntad ajena, encontrar la verdad o reformar el mundo.

Me considero feliz por no tener ya parientes. Así no me veo en la obligación, que inevitablemente me fastidiaría, de tener que amar a alguien. No tengo nostalgia que no sea literaria. Recuerdo mi infancia con lágrimas, pero son lágrimas rítmicas, donde ya se preparaba la prosa. La recuerdo como una cosa externa y a través de cosas externas; solo recuerdo cosas externas. No es el sosiego de las veladas provincianas lo que me entenece por la infancia que viví en ellas; es la mesa dispuesta para el té, son los bultos de los muebles por la casa, son las caras y los gestos físicos de las personas. Es de los cuadros de lo que tengo nostalgia. Por eso, me entenece tanto mi infancia como la de cualquier otro: ambas son, en el pasado que no sé lo que es, fenómenos puramente visuales, que siento con atención literaria. Me entenece, sí, pero no porque recuerde, sino porque veo.

Nunca amé a nadie. Lo más que he amado son sensaciones mías —estados de la visualidad consciente, impresiones de la audición despierta, perfumes que son una manera de hablar conmigo de la humildad del mundo exterior, de decirme cosas del pasado (tan fácil de recordar por los olores)—, esto es, de darme más realidad, más emoción que el simple pan que se cuece allí dentro, en el fondo de la panadería, como aquella tarde lejana en que volvía del entierro de un tío que me quería mucho; y había en mí de manera vaga la ternura de un alivio, no sé bien de qué.

Es esta mi moral, o mi metafísica, o yo mismo: transeúnte de todo —hasta de mi propia alma—, no pertenezco a nada, no deseo nada, no soy nada, centro abstracto de sensaciones impersonales, espejo caído sensible y orientado hacia la variedad del mundo. Con esto, no sé si soy feliz o infeliz, pero no me importa.

Hoy es uno de esos días en que, como una entrada en prisión, me pesa la monotonía de todo. La monotonía de todo no es, sin embargo, sino la monotonía de mí mismo. Cada rostro, aunque sea el de quien vimos ayer mismo, es hoy otro, puesto que hoy no es ayer. Cada día es el día que es, y nunca hubo otro igual en el mundo. Solo en nuestra alma está la identidad —la identidad sentida, aunque falsa consigo misma— gracias a la cual todo se asemeja y se simplifica. El mundo son cosas destacadas y aristas diferentes; pero, si somos miopes, es una niebla insuficiente y continua.

Saber que será mala la obra que nos queda por hacer. Peor será, sin embargo, la que nunca se haga. La que se haga, al menos, queda hecha. Será pobre pero existe, como la planta

mísera en el único jarrón de mi vecina lisiada. Esa planta es su alegría, y a veces también la mía. Lo que escribo y reconozco que es malo puede también ofrecerle, a algún que otro espíritu quebrantado o triste, momentos de distracción respecto a algo que sea peor: ello me basta, o no me basta, pero de alguna manera sirve, y así es toda la vida.

El corazón, si pudiera pensar, se pararía.

Considero la vida como una posada donde tengo que esperar hasta que llegue la diligencia del abismo.

Para todos nosotros caerá la noche y llegará la diligencia.

Tengo frío de la vida. Todo son sótanos húmedos y catacumbas sin luz en mi existencia. Soy la gran derrota del último ejército que sostenía el último imperio. Me sé al final de una civilización antigua y dominadora. Estoy solo y abandonado, yo, que me acostumbé, en cierto modo, a mandar a otros. Estoy sin amigo, sin guía, yo, a quien siempre otros guiaron...